

# **LA HISTORIA COMO UN MEDIO DE LIBERACIÓN: UN ANÁLISIS DESDE DE LAS MENTALIDADES**

**EVER GONZÁLEZ CH.\***

---

## **RESUMEN**

El presente artículo, tiene como primera intención, analizar cómo ha sido utilizada la historia por parte de la clase burguesa o capitalista a lo largo y ancho del discursar histórico de nuestra sociedad. Se trata de compartir el debate que sobre el papel de la sociedad ha jugado la historia como ciencia y cómo, desde las capas superiores del estado, han hecho uso de ella para manipular la mentalidad del grueso de la población, al tiempo que, utilizando todos los medios, la ha aplicado para su conveniencia. A la vez, si bien es cierto esto ha sido una constante en los anales de la humanidad, no es menos afirmar, que gran parte de los grupos sociales que han intentado zafarse de esta aspiración, utilizaron la historia como un medio para relevarse.

### **Palabras clave**

Historia, liberación, política, historiografía, sistema, capitalismo, clases.

---

## **ABSTRACT**

This article is intended as a first, analyze how history has been used by the bourgeoisie or capitalist class throughout the historical discourse of our society. This is to share the debate about the role society has played in history as a science and how, since the upper layers of the state, have used it to manipulate the minds of the bulk of the population, while using all media, has applied for your convenience. At the same time, although this has been a constant in the annals of mankind, not least say that much of the social groups that have tried get rid of this purpose, used the story as a means to relay.

### **Keywords**

History, liberation politics, history, system, capitalism, class.

---

\* Historiador. Docente Universidad del Atlántico.

Para la segunda mitad del siglo XIX, gran parte de Europa estaba pasando por un proceso de desarrollo, que en palabras de Eric Hobsbawm, lo denominó “la primavera de los pueblos”[1] Lo que hacía referencia el citado historiador marxista era que en el viejo mundo existía una serie de revoluciones, que si bien abarcó gran parte del centro europeo y se esparcieron como corriente de pólvora, tuvieron, en la larga duración, poco efecto.[2] Según las fuentes utilizada por dicho historiador, la causa de este fracaso social se debió a que en la mayoría en donde tuvo como escenarios éstas revueltas, los responsables de liderarlas fueron en su totalidad, trabajadores pobres que no lograron armonizar un mecanismo que les permitiera articular sus ideas comunistas con los intereses particulares de los liberales moderados. Estos últimos presumieron que la revolución era poco favorable para ellos, pues, entre otras cosas, acortaban la distancia entre éstas dos capas sociales, que de manera directa, no les beneficiaba. Además, tenían bien claro, que cualquier cambio, en especial económico, podía realizarse sin la necesidad de un levantamiento mismo, manipulando como estrategia y herramienta política, el diálogo. Es entendible, porqué en los albores del año 48 del siglo decimonónico, “La burguesía deja de ser una resistencia revolucionaria para convertirse en defensora del régimen capitalista”[3]

Esta conservación a ultranza del sistema capitalista puede notarse en todo lo extenso de la producción historio-

gráfica burguesa, que se centró exclusivamente en el irracionalismo, el pesimismo y el subjetivismo, como ejemplo de su incapacidad intrínseca de comprender las argumentaciones de dicho régimen. Para la burguesía, le era más cómodo estigmatizar el papel de la historia, mostrándola como una simple ciencia que se encargaba de recopilar hechos casuales, subrayándola que es subjetiva, que no tiene la capacidad, como otras ciencias, de emitir leyes, y que es la menos indicada para afirmar y comprender que “la sociedad de la cual eran la base estaba orientada a cualquier rumbo, menos hacia el progreso”[4]

Queda entonces bien específico, que el objetivo de la burguesía consistía en desacreditar el papel de la historia como una manera de su incapacidad de entender y mucho menos comprender la sociedad capitalista y de paso sus internas incompatibilidades. A partir de este momento, rastreando la literatura histórica en sus diversas manifestaciones, se divisan los falsos mitos, posiciones y discursos modernos, que justifican la sociedad capitalista.[5] Esta construcción de mitos no es propia de la época, es un elemento que tiene sus raíces desde la misma primitividad y que avanzó por toda la Edad Media, en donde es común registrar leyendas que evidenciaban el porqué la sociedad se hallaba sometida a esa forma política y, el porqué una determinada persona, casta o dinastía, tropezaba con los intereses privativos de quienes se afianzaban en el poder. No es ninguna novedad que el mito

necesita de la ceremonia para poder sobrevivir: a comportamientos orientados a aceptar “religiosamente” lo justificado”. [6] Se entiende el porqué en la época cartesiana, en pleno surgimiento del modernismo, emergen mitos como el mito del progreso, justificado plenamente por la burguesía en los siglos XVIII y XIX, como la condición de dar crédito al tipo de sociedad que ellos mismos consentían y contraponerla a la sociedad feudal, en donde los campesinos vivían en la suma pobreza y ahora libres podían aspirar aun progreso simbolizado en una especie de “éxito” acumulativo. [7]

No obstante, la idea de progreso no tuvo su cuna en la Edad Moderna ni mucho menos en el período de la ilustración. Desde la perspectiva filosófica se nota que es un concepto desde los tiempos antiguos, en donde dicho progreso se entendía como la acumulación de saberes y como un grado evolutivo de espiritualidad. Esta visión es muy contraria a la posición cartesiana, en especial por el interés de la clase burguesa, que representaban el progreso por todo lo material y todo lo cuantificable; y lo hacían mucho más exagerado en el devenir de la sociedad posmoderna en la cual nos encontramos. A ésta fase posmodernista, tanto la ciencia como el racionalismo han venido siendo, poco a poco, reemplazado por un progreso que sólo le interesa la prosperidad del yo y sus placeres. [8] Como diría un científico inglés, “Lo que importa a la burguesía es ver el progreso bajo la lupa del desarrollo tecnológico”. [9]

Con todo lo anterior, es comprensible el porqué la burguesía haría uso del mito del progreso como una herramienta para argumentar, justificar y mantener hasta los tiempos actuales, el régimen capitalista. En él se plantea, esbozando al historiador Francis Fukuyama, el fin de la historia, por lo que se hace inútil cualquier intento de cambio, revolución y transformación en la sociedad, “pues la democracia liberal y la economía neoliberal expresan al máximo el progreso de la sociedad”. [10]

Del anterior razonamiento se puede percibir, que la extrema derecha tiene la intención de hacernos advertir y entender que todo está dado, y lo que está no necesita ningún tipo de cambio, “...se busca no transformar la sociedad debido a que alcanzamos una sociedad ideal, donde todos nos beneficiamos con el máximo progreso (...) para no darnos cuenta que este imperialismo sólo hace posible que muchos mueran de hambre y pocos tengan todo”. [11]

Lo que la burguesía viene pretendiendo desde el transcurso de su surgimiento, es defender, desde sus intereses particulares, el tipo de sociedad actual o posmoderna, impidiendo cualquier forma de modificación que afecte la idea de progreso del capitalismo. Lo paradójico del asunto, es que algunos marxistas dogmáticos, interpretando a su acomodo el paradigma de Marx, plantearon que toda sociedad para llegar a un modelo comunista, tendría primero que pasar por un capitalismo,

aprovechar sus medios de producción y consolidar el nuevo sistema social. En esta perspectiva, la burguesía moderna también utiliza el lenguaje como herramienta para controlar y fiscalizar a las clases trabajadoras, evitando en lo máximo, cualquier tipo de sublevación o conmoción al bienestar social y al progreso vigente. A guisa de ejemplo, podemos tomar el concepto de Utopía acuñado por Tomas Moro en el siglo XVI, en donde dicho término, utilizado por la burguesía tenía como único propósito, desnaturalizarlo. En su obra, Moro plasma la idea de la ausencia de propiedad privada como única forma de buscar el principio de igualdad y justicia, al tiempo que analiza lo que sucedería con los actores sociales si no se prescindiera de la propiedad privada, pues, "... habría mucha pobreza y miseria"[12].

No hay duda que Moro se anticipó lo que posteriormente el controvertido filósofo alemán, Carlos Marx llamaría el lumpen proletariado. Lo que el autor de la Utopía quiso plantear era el temor por parte de la clase burguesa, en que se gestara un movimiento a favor de la justicia social que por siglos han venido siendo destruidos por ellos mismos y que fueron conscientes de que en el futuro se podrían convertir –como de hecho fue– en el fondo ideológico de las izquierdas modernas. Muestras tangibles, se evidencian en toda América Latina en donde lo aprovechan aquellos que se sienten aún movidos por una esperanza que sigue pareciendo absurda, pero que conserva su eterna seducción.

Durante el transcurrir de la historia; y para conveniencia de las clases de poder, el concepto de utopía terminó significando algo fantástico e irrealizable. Incluso en estos momentos, muchos piensan que algún cambio o transformación en la sociedad, es algo utópico; en contravía a la definición Marxista, cuyos seguidores definen dicha expresión para acreditar y calificar de libertarios a los que proponían una revolución colectiva sin ningún liderazgo revolucionario. Una de las conclusiones que puede extraerse de las percepciones anteriores, es que lo que no es útil para la burguesía, lo transfiguran, y lo que es ventajoso lo mantienen bajo cualquier forma de representación. "Utilizan una especie de locura al estilo Erasmo, quien revelaba: "El pueblo levanta las ciudades y la locura de los príncipes (burguesía) las destruye"[13] Palabras más, el grueso de la sociedad debe asumir una actitud sumisa ante las decisiones que formulen las clases de poder Bajo esta representación de imágenes y símbolos de dominio, no es ninguna extrañeza encontrar, dentro de las clases trabajadoras –que son las más desfavorecidas–, quienes defiendan estas políticas de coerción. Es como si no se dieran cuenta las formas en que se les oprime, se les explota y se les oculta su avasallamiento y olvido de su condición de pobreza, haciéndoles creer que en realidad, por parte del estado, existe un interés en mejorar sus condiciones de vida, cuando sólo son víctimas de una falsa generosidad y un asistencialismo[14].

Este cuadro queda mucho más completo si revisamos la obra *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo, quien justifica los medios para llegar a un determinado fin. Anota el citado autor que: ... la principal fortaleza frente a cualquier tipo de amenaza al gobierno es el pueblo, por lo que hay que mantenerlo contento (...) tenerlos contentos no significa una verdadera preocupación real por ellos, sino tenerlos contentos para que no se subleven contra ti (Príncipe), es darle regalos de lo que te sobra, es contentarlos”.[15]

No queda otra alternativa a la historia que hacer tabla rasa con estos falsos mitos y discursos. Conviene interrumpir con el lenguaje unidimensional con el que se busca alienar la sociedad actual. Es hora de poner en práctica otro tipo de historia, una que inserte críticamente a los problemas sociales a la misma sociedad para que sea responsable de lo que realmente sucede; y no dejar cabalgando a su Sancho Panza, la historiografía burguesa. Es una historia elaborada desde arriba, construida por los grupos de poder para someter y mantener un *statu quo* que los privilegie. En esta postura tiene cabida la escuela de los Annales (1929), que si bien es cierto interrumpe con la forma tradicional de hacer historia, lamentablemente refleja la conciencia de la clase burguesa, cuando hace referencia a la relación entre pasado y presente, ratificando que “el presente necesita del pasado para poder comprenderlo”[16]

El interrogante que se revela es: ¿Para mejorar el desequilibrio social basta con comprender el presente? Jean Chesneaux, en uno de sus textos sobre teoría y papel de la historia, arguye a un rotundo no, impugnando que la importancia que tiene el entendimiento del pasado es fundamental para entender y comprender mejor el presente, en la medida que se reclame su transformación”[17]. Esta postura cómoda de los historiadores de la escuela de los Annales, fue materia de duras críticas por parte de la gran mayoría de los historiadores marxistas, “al considerar también la facilidad que significa para el burgués en atestiguar que sólo se debe comprender y no juzgar”[18] Para Chesneaux, esta es una apariencia acomodaticia. Es prioritario acabar con los falsos mitos y anacrónicos discursos de estas visiones históricas. “Urge una reconstrucción o reelaboración de la historia de la manera más objetiva posible, y entender mejor el presente para su posterior transformación.”[19]

Se necesita lo que el político, filósofo e italiano marxista, Antonio Gramsci denominó, historiadores orgánicos o revolucionarios[20], comprometidos con la sociedad, alejados de los intereses particulares e institucionales, y que mantengan sus principios y su compromiso a pesar de tener que sacrificar cualquier beneficio económico que esté en contravía de la libertad, para poder expresar lo que de verdad sucede en la sociedad y no lo que la historia manipulada o desde arriba indique y plantee. En otras palabras, es vital construir una historia hecha des-

de abajo, en donde historiadores orgánicos articulados a los investigadores y científicos independientes, elaboren un modelo de educación que los comprometa críticamente con los problemas sociales, y podamos terminar con lo que Goleman sentenció como “época del narcisismo posmoderno”[21], en donde lo más característico es observar como el hombre se halla desarticulado de la colectividad, y el valor que prima es una cultura basada en lo Light y lo estético. El mapa histórico de hoy nos da una fotografía de un individuo posmoderno, que poco le interesa lo que ocurre a su alrededor y en

donde lo más común es escuchar que lo que realmente debe interesarle: “preocuparse por sí mismo”. [22]

En fin, lo que la sociedad sigue reclamando, es la elaboración de una historia global que no permita bajo ninguna circunstancia, una división de ella misma en múltiples disciplinas, al tiempo que los historiadores que hagan parte de esta nueva concepción, sean unos actores críticos de la sociedad, que dejen a un lado sus intereses particulares y en donde lo que debe de primar son los fines colectivos.

---

#### Referencias bibliográficas

[1] HOBBSAWN, Eric. La era del capitalismo: 1848-1875. Labor. Madrid. 1990. Del mismo autor. Rebeldes primitivos. Critica. Barcelona. 1975.

[2] Los países afectados fueron entre otros: Austria, Alemania, Francia, Italia.

[3] HOBBSAWN, Eric. Op. cit

[4] KON, I. S. El idealismo filosófico y la crisis del pensamiento histórico. Editorial Platina. Buenos Aires, 1982. Contrario a esta posición puede analizarse el punto de vista sobre los modelos políticos de Thomas Hobbes, en Leviatán, respecto al paradigma individualista del Estado

[5] En contravía podemos advertir las posiciones renacentistas de Maquiavelo, Hobbes, Bodin y Locke, entre otros.

[6] VELASCO, J. Introducción a la fenomenología de la religión. Tauros. Madrid. 1988.

[7] En pleno siglo XXI, en Colombia este mito sigue siendo la panacea utilizado por el sistema capitalista. Ver al respecto, CARDENAS, Mauricio. Colombia: Retos y oportunidades regionales. Revista Cambio. N° 6. Octubre 2005. Peor aún, nos han sugestionado en nuestro imaginario que somos el país más

feliz, optimista y alegres del mundo. Ver Revista Semana. Nov 26 a Dic 3. 2007.

[8] HOBBS, Thomas. Del ciudadano y Leviatán. 6ª edición. Editorial. Tecnos. 2005.

[9] NISBET, Robert. Historia de la idea de progreso. Gedisa. 3ª edición. Barcelona. España. 1980

[10] FUKUYAMA, Francis. El fin de la historia y el último hombre. 4ª edición. Critica. Barcelona. 1989.

[11] SOBOULT, Albert. Problemas de la revolución 1789 – 1848. Siglo XXI editores. Madrid. España. 1976.

[12] MORO, Tomas. Utopía. Longseller. Buenos Aires. Argentina. 2000.

[13] HUIZINGA, J. Erasmo. Editorial Bruguera. 2ª edición. Barcelona. España. 1975

[14] Un caso muy particular donde los trabajadores, aún siendo explotados de la manera más irracional, terminan afirmando que “aquel tiempo es mucho mejor que el de hoy”, puede estudiarse en. ARCHILA, Mauricio. Cultura e Identidad obrera. 1910-1945. Cinep. Santa Fe de Bogotá. 1986. Un estudio más universal sobre esta temática, véase

RULE, J. Clase obrera e industrialización. Crítica. Madrid. 1990.

[15] MAQUIAVELO, Nicolás. El Príncipe. Oveja Negra. Medellín. 1984.

[16] BLOCH, Marc. Apología para la historia o el oficio del historiador. F.C.E. México. 1993

[17] CHESNEAUX, Jean. ¿Hacemos tabla rasa del pasado? Siglo XXI editores. México. 1979 FONTANA, Joseph. Historia: análisis del pasado y proyecto social. Biblioteca de bolsillo. Crítica. Barcelona. 1999.

[18] KON. I. Op. cit

[19] CHESNEAUX, Jean. Op. cit

[20] GRAMSCI, Antonio. Pasado y Presente. Crítica. Barcelona. 1980.

[21] GOLEMAN, Daniel. La inteligencia emocional. Kairos Barcelona. 1995

[22] FOUCAULT, Michael. La tecnología del yo. Paidós. Buenos Aires. 1990. Del mismo autor y haciendo un análisis de la misma temática, consultar: La arqueología del saber. Siglo XXI editores. Madrid. España. 1970. También FONTANA, Joseph. La historia después del fin de la historia. Crítica. Barcelona. 1992.